

nación de su vida, el cambio de luz en su existencia, que en ese momento sublime culminaba a alturas que no conocían las épocas pasadas y que los siglos venideros contemplarían atónitos.

Sr. Presidente.

Carlos A. Molina

Medellín, 12 de octubre de 1926.

LA CASA DE BOLIVAR

Por **Carlos Borges**

Discurso pronunciado en la casa natal de Bolívar, en Caracas, con ocasión del primer centenario de la Batalla de Carabobo, el 5 de julio de 1921.

El Senado de la República, en sesión del 24 de julio y con motivo del aniversario del natalicio del Libertador, recomendó de manera especial y elocuente la lectura asidua del magistral discurso pronunciado por el Pbro. Dr. Carlos Borges, insigne sacerdote y literato venezolano, en la misma casa donde nació el Padre de la América.

Esta oración fué escrita para la celebración del Centenario de la Batalla de Carabobo, para cuya fiesta el Gobierno de Venezuela adquirió la histórica casa natal de Bolívar.

El *Repertorio Histórico* engalana hoy sus columnas con esta brillante pieza, que no dudamos será del agrado de nuestros lectores.

Estamos en el siglo diez y ocho: en la pasible Caracas de la Colonia, devota y gentil como siempre: frente a la plaza de San Jacinto: en la casa de D. Juan Vicente

Bolívar y Ponte. . . . Sobre el portal soberbio campea el escudo de la estirpe, rudamente esculpido como por las tormentas del cantábrico en brava roca de Vizcaya: podría decirse de esa piedra que es un beso de España en el frontón altivo del más noble solar caraqueño. Suele así la leona sellar en la frente sus cachorros, con mordiscos de amor. Acaso el primer Simón Bolívar, en sus andanzas de conquistador, ungió esa misma piedra como Jacob la suya en el desierto, después de haber soñado sobre ella, en una noche triste, la redención de un mundo por un hijo de su linaje.

Atravesamos el vestíbulo y el primer corredor entre oficiosas reverencias de esclavos burdamente vestidos, a usanza de la época, con anchas blusas de listado, todos puleros y comedidos, todos contentos y orgullosos de pertenecer a casa rica—"Pasen adelante, sus mercedes" . . . Y entramos al salón principal.

¡Cuánta magnificencia! y al mismo tiempo ¡qué fino culto al arte! ¡Qué hidalgo sello de buen tono, de suprema elegancia, de auténtica cortesanía en el suntuoso estrado! ¡Qué gravedad en la belleza y qué gracia en el señorío! ¡Cuán noblemente se armonizan en el decoro y ornamento del proceró recinto la austeridad de los Bolívar, gente de guerra y de trabajo, con el dilectantismo de los palacios, gente de arte y letras! Magníficos espejos multiplican la luz y prolongan infinitamente la ilusión del espacio, como para que el alma de la alcurnia pueda caer entre otros muros y mirarse a sí misma; toda clara, diamantina toda, como en el "Castillo Interior" de Santa Teresa. Soberbias cortinas de púrpura en puertas y ventanas, coronadas por cornisas resplandecientes como el oro bruñado, dan regio aspecto a la fastuosa estancia. Riquísimas alfombras embellecen el piso, como blando musgo de seda para el pie, perla y flor, de las damas. Tiemblan los iris en el cristal de las arañas, que, como encantadas princesas, bajo los áureos rosetones, sueñan que están tejiendo futuras banderás de gloria. Con la reluciente doratura y el gótico flamante de los muebles contrasta, en un ángulo del salón, el viejo clave enorme, cuyos tersos marfiles han sentido la unción ferviente de las manos del Padre Sojo, patriarca de la música en Venezuela, benemérito fundador de la academia de Blandín, maestro de Lamas y Landaeta, y cuyo noble apostolado artístico habrá de ser doblemente bendito, en el genio

inmortal de sus discípulos, dando a Dios el *Populi Meus* y a la patria el *Bravo Pueblo*.

En el sitio de honor, sobre el sofá, desde su regio marco de oro, la efigie de Carlos III preside la lujosa iconografía de la casta. Mirad cómo a un lado y otro del rey la robusta vid boliviana extiende con orgullo, cuajados de gloriosos racimos, los cálidos sarmientos de su sangre.

Este infanzón de rostro enérgico, de frente audaz y pecho hercúleo bajo el jubón de acero, es el primer Simón Bolívar, el *Anciano*, el conquistador, el plantador en Venezuela de la más vigorosa estirpe que arraigare en tierras de América; Corregidor perpetuo de Caracas, Oficial real de la provincia, y por cuya valiosa influencia otorgó el rey escudo de armas a nuestra gentilísima Santiago de León.

Ese otro del hábito eclesiástico, de semblante severo que dulcifican, sin embargo, los expresivos ojos, de un sereno azul místico, es Simón Bolívar el joven, llamado por sobrenombre el *Americano*. Encomendero de San Martín, tan activo en la guerra como laborioso en la paz, quien, al perder la amada esposa, en la desolación de su viudez temprana, irremediablemente triste, suelta su potro de batalla, desunee sus bueyes, liberta sus esclavos, y estrechándose aún más con la cruz por medio de la unción sacerdotal, encuentra en la sotana, definitiva y negra, un luto digno de su duelo. No hará lo mismo en caso idéntico el último Simón Bolívar: antes bien, fiel a su destino, esconderá su dolor, como una oruga, en su corazón, bajo su blusa de soldado: allí el recuerdo de Teresa, allí Teresa misma, dormirá al són de las campanas, en gestación de gloria, su largo sueño de crisálida, hasta que un día la mariposa angélica desplegando los iris de sus alas, saldrá con el alma del héroe, tendido en su lecho de Santa Marta, para volar eternamente juntas, más allá de esa última orilla de su América, más allá del mar de los siglos, por todos los cielos de la inmortalidad.

Siguen, en orden de abolengo, Antonio y Luis, campeones del trabajo, agricultores y criadores, quienes, además del heredado cargo de Encomendero, ejercen el no menos honroso de Justicia de Aragua, y en cuyas manos, nunca ociosas, se aumenta considerablemente el cuantioso caudal de la familia.

Viene luego D. Juan de Bolívar y Villegas, tenien-

te de Gobernador en la Capitanía de Venezuela, fundador de San Luis de Cura, soldado valiente y devoto, como aquellos sus remotos abuelos peninsulares, conecrección de la virtud vasca en el troquel católico, dignos de ser armados caballeros por un Ignacio de Loyola, bajo el propio árbol de Guernica. Fué este mismo Bolívar y Villegas quien, dando hermoso ejemplo de humildad cristiana, quiso y mandó en su testamento que se le enterrase en el umbral del Convento de las Concepciones, para que en aquel sitio de público pasaje pisara todo el mundo las cenizas del pecador. Religiosamente fué cumplida su voluntad. Las lámparas de las vírgenes prudentes alumbrarán allí, por mucho tiempo, la tumba del soldado. Ejércitos que regresarán victoriosos de allende el Cuzco aclamando al Libertador, pasarán opr sobre esos huesos sin lograr conmooverlos; ni el Libertador mismo los hará incorporarse cuando se descubra ante ellos y se incline para arroparlos con el gonfalón de Pizarro: allí estarán perpetuamente bajo los pies de las generaciones, en el olvido y en la gloria de su voluntaria humillación.

Remata y corona esta inconográfica asamblea de varones perínclitos el retrato de D. Juan Vicente Bolívar y Ponte, actual jefe de la familia. Hombre de placeres y de negocios, galante y discreto, generoso y magnánimo: de joven, permanece durante cinco años en la brillante corte de Madrid, ilustrando su inteligencia y aquilatando su cultura, sin que aquel ambiente impropicio a sus sentimientos liberales logre ahogar en su pecho el espíritu de independecia que constituye la fisonomía de su carácter y que le llevarán un día a habérselas con el propio Consejo de Indias en defensa de su conducta como Jefe del Batallón de Aragua. Favorito de la fortuna, atrevido y perseverante en sus propósitos, de una asombrosa actividad, atiende personalmente a la administración de sus varios fundos agrícolas y pecuarios, y al mismo tiempo establece en Caracas una vasta empresa mercantil, estudia la implantación de nuevas industrias, en la colonia desempeña con eficacia y brillo su honroso cargo de Coronel de las milicias aragüeñas, se desenvuelve con suma habilidad y cordura en cuantos líos le arman la malevolencia y la envidia, y con la mayor probidad y la más pulcra y clara economía duplica su hacienda en breves años. Más tarde María Antonia, su primogénita, heredera del carácter, del buen juicio y de los talentos financieros de

su padre, escribía desde Caracas a su glorioso hermano en el Perú, refiriéndose a las minas Aroa, estas palabras estupendas: "Envíame tu poder para recoger todo lo que está perdido por abandono y nos pertenece por herencia de nuestros padres, pues es un dolor que todos se aprovechen y estén gastando lo que a nosotros nos toca y hace falta: tan malo es coger lo ajeno como desperdiciar lo propio". Pero arará en el mar María Antonia: su lección no será aprendida por el sublime pródigo, y los cobres de Aroa habrán de estar siempre muy lejos de quien ante el radiante ensueño de la América libre verá con desprecio a sus plantas todos los oros de los Incas.

Tiempo es ya, amigos míos, de que se nos presente a la señora de la casa: doña María de la Concepción Palacios y Sojo de Bolívar y Ponto. Tiene veintitrés años: su belleza es fina y delicada como la de los lirios avileños. Porte gentil, silueta aristocrática, y un aire indefinible de ingénita prestancia que la distingue entre todas las de su rango. Su estatura, ni grande ni pequeña, es la que Shakespeare requería para la bien amada: llega hasta el corazón de su marido. Ojos grandes y negros, de suave fulgor místico, a la sombra de luengas pestañas, ojos candorosos y humildes; inconscientes de su poder y de su gloria. Negro también y ondulante y copioso el cabello. Boca de dulzura y de gracia, donde es luz la sonrisa, la bondad miel y música el acento. Tez de blancura alabastrina, con esa palidez de buen tono de las jóvenes principales, criadas y florecidas, faltas de sol y mundo pero pulcras de cuerpo y alma, en el recogimiento conventual de las viejas casonas coloniales. La benignidad y la ternura le son connaturales, como el perfume a la azucena y la dulcedumbre al panal. Jamás en su presencia se fustigó al esclavo sin que al punto ella no detuviese, imperiosa y suplicante, el brazo del verdugo. Y alguna vez dió sus pechos de madre joven al huerfanito negro, y cerró los ojos del anciano que encaneció sirviendo a la familia por más de tres generaciones. Por eso la veneran los infelices como a una Isabel de Hungría. Y es de verla por esas calles, rumbo al templo, con su real traje de terciopelo negro, guarnecido de riquísimas blondas, en su litera de patricia, dorada como un trono. Pórtanla con orgullo sobre sus recios hombros cuatro hércules africanos, y un gracioso grupo de doncellas mulatas la precede, llevando una la alfombra, otra el abrigo, ésta la sombrilla,

y aquella, de quince años—su ahijada y favorita—el devocionario y el flabelo de su buena ama y madrina; todas limpias y honestas, tocadas de blanco, cubierto el núbil seno por vistoso pañuelo de Madrás, de estreno la gaitera alpargata, y olorosas a jabón de Castilla y a mastranto y alhucemas la camisa de gala y el fustán dominguero.

A fuer de Palacios y Sojo, también es ella filarmónica, y canta, y pulsa el arpa, y se atreve con la guitarra. En extremo pulera y hacendosa, mantiene la casa, según su habitual expresión, “como una tacita de plata”. Y aunque le sobran sirvientes, esta mujer insigne que ha heredado de sus mayores el culto por los santos y por los héroes, sacerdotisa y reina del hogar, con sus propias manos cubre de flores el altar doméstico, prende la lámparita de la Virgen, pone al sol las antiguas banderas y limpia y abrillanta los aceros de las panoplias. Y a veces... como ante un espejo mágico que le hiciera inefables revelaciones, se queda pensativa y como soñando ante la hoja de una espada.

Tres veces madre a los veintidós años, ya se advierte en ella esa ennoblecedora fatiga que sigue siempre a los grandes esfuerzos creadores, y por la cual el mismo Dios, según dice el Génesis, se sienta a descansar ante su obra. La aparente debilidad de su constitución física, cierta expresión como de abatimiento en su semblante, y su misma temprana y excesiva fecundidad anterior, harían talvez creer que se ha agotado en ella la sagrada fuente de la vida. Pero la omnipotencia del Altísimo ha puesto prodigiosas y extraordinarias reservas de energías fisiológicas y morales en esta admirable criatura, predestinada a concebir en sus entrañas al redentor de América.

Estamos en octubre de 1872. Tres hermosos niños, fruto del más feliz consorcio, alegran este hogar: María Antonia, la primogénita; Juana María, la segunda, y Juan Vicente, orgullo de su padre, cuyo nombre lleva. ¿Qué más pueden pedir al Cielo los esposos Bolívar-Palacios, ricos, ilustres, poderosos, amados, y con prole ya suficiente para enaltecer la rama propia en el árbol genealógico de la familia y de la raza?... Pero Dios abre el libro de sus decretos eternos, escribe en él un nombre, crea un espíritu, y hace un signo a uno de sus ángeles, que al punto arranca del empíreo en vuelo hacia un rincón de América, hacia la humilde y hermosa ciudad del cerro azul, los techos rojos y las palomas blan-

cas. El paraninfo excelso se detiene un instante sobre esta casa, como para reconocerla y bendecirla. Bajo el plumaje iridescente de sus alas radiosas, trae una alma dormida en su seno como una estrella en un celaje, y penetrando, al fin, como en un santuario, en esa alcoba deja caer dulcemente sobre el altar de amor el divino regalo del Altísimo.

Y ahora, señores, permitidme un paréntesis. El instinto de los pueblos casi nunca se engaña. Por muchos años el 28 de octubre fué celebrado en Venezuela como da gran día de la patria. Creyóse al principio que ese día no sólo era el onomástico del Libertador sino también el de su natalicio. Más tarde una disposición legislativa rectificó este error, trasladando la fiesta nacional al 24 de julio, verdadero aniversario del nacimiento del grande hombre. Pero yo me atrevo a creer que lo que el sentimiento popular festejaba sin saberlo, y como por instinto, el 28 de octubre, era un acontecimiento todavía más grandioso, cuya gloria nos envidia toda la América: la encarnación del Genio de la libertad en el seno de una mujer venezolana.

Nueve meses después, en esa misma alcoba nace Simón Bolívar. Es un débil niño que llora como todos los hijos de Adán, pero en ese puñado de arcilla humana ha insuflado Dios el espíritu a cuyo aliento palpitará, pleno de vida heroica, el corazón de un Continente. Entremos, hermanos, a esa alcoba, pero en silencio y de puntillas, no sea que despierte la joven madre. Profundamente quebrantada por tan portentoso alumbramiento, bien ha ganado su descanso la pobrecita. Duérme, mujer gloriosa: duérme, madre, y sonríe en tu sueño, porque ya es tuya la corona de la inmortalidad!

Alumbra débilmente la estancia, ardiendo ante la imagen de San Ramón, patrono de las puerperas, un cabo de cirio pascual, por cuya virtud, según una antigua creencia, las que están a punto de ser madres esperan salir bien del duro trance. A la luz del blandón votivo se descubre el precioso lecho, de áureo copete gótico y soberbio pabellón de damasco; y sobre el lecho, entre finísimas holandas, sedas, plumas y edredones, al lado de la madre dulcemente dormida, el inquieto recién nacido pugna ya por salirse de sus pañales.

Todo es contento y alegría en la casa, llena de parientes y amigos que han venido a dar sus parabienes a

D. Juan Vicente y a su esposa. Desde el salón de honor y la nupcial alcoba hasta el gallinero y la cocina trajinan por doquiera, con diligencia insólita, sirvientes y esclavos. Distínguese entre éstos la negra Hipólita, de antemano elegida para aya del niño. Hermoso tipo de su raza, inteligente, vigorosa, limpia, honesta, de carácter dulce y jovial, Hipólita es la flor de las esclavas. Tiene veinticcho años y está avaluada en trescientos pesos. Es la misma de quien un día el Libertador, en el apogeo de su destino y de su gloria, dirá a su hermana María Antonia, recomendándosela encarecidamente: "acuérdate que yo no he conocido más padre que ella". Ella, en efecto, será la humilde sombra de su infancia huérfana; ella guiará los primeros pasos de aquel cuyas huellas serán naciones libres; y cuando el Padre de Colombia, consumada su inmensa obra, descansa ya bajo la limosna de tierra dada a sus tristes huesos de proserito, la negra Hipólita que, inconsolable le sobrevivirá por mucho tiempo, será sobre su tumba como un lacrimatorio de basalto.

Llega el día solemne del bautismo: la santa ceremonia se cumple en esta vez con singular magnificencia. ¡Dínoslo tú, piedra sagrada, copa llena de cielo, corazón de Avila, Jordán del pueblo mío, tú que diste el agua redentora al que en la cuenca de su mano recogerá todos los ríos de América para aplacar la sed del derecho crucificado sobre el Gólgota de los Andes y ya en su tercer siglo de agonía!

Desde hoy y para siempre Simón Bolívar es cristiano: lo ha engendrado a la vida de la gracia, en virtud del primer sacramento, su ilustre pariente el canónigo D. Juan Félix Jerez de Aristaeguieta y Bolívar, quien, poseedor de cuantiosos bienes, funda opulento mayorazgo en obsequio y para patrimonio de su dichoso ahijado y deudo. Hierve el hogar en regocijo. Cuanto brilla en Caracas por la nobleza o la fortuna se encuentra aquí presente. Revienta, de pronto, en el zaguán, con resonante júbilo, la magnífica orquesta de la Academia de Blandín. Así saluda el Padre Sojo la entrada triunfal de su sobrino en el camino de la cruz.....que es el camino de la gloria. En la exaltación del entusiasmo, se alzan, plenos de vino, vasos y corazones: son viejos vinos españoles, color de sangre y oro como la bandera de la conquista: vinos de altar y trono, topacios y rubíes que fulguran gloriosamente dentro de las copas en círculo, cristalina

corona de la fiesta. Desde las ventanas de par en par abiertas, los padrinos tiran puñados de menudas monedas a la chiquillería insaciable que aturde la calle con sus vivas. En el fondo del último patio, al són de arpa y maracas, los esclavos bailan la zamacueca. Y lejos del grupo servil, en el centro del señorío, más que todos alegre y orgullosa, Hipólita desempeña sus funciones de aya. Vedla, qué mona y qué galana, con más adornos que la palma del Arzobispo el Domingo de Ramos, "con su blanca risa de negra", cien cocuyos en cada ojo, en la mano una onza de oro, regalo del padrino, y el Sol del Perú, limpio de toda mancha, amaneciendo entre sus negros brazos!

Pero aquí me detengo, señores, para cobrar aliento. No es posible en el breve espacio de un discurso revivir toda la historia íntima de esta casa durante el tiempo en que fué solar de los Bolívar. Contentémonos con que pasen por nuestro espíritu, y como en sueño, algunas de las primeras impresiones que en este sitio, teatro de su infancia, recogiera en su corazón el hijo de Caracas, Libertador de América.

Ya hemos visto el primer salón y la alcoba matrimo- nial. Pasemos, si os place, al saloncito ingenuo y cómodo de sus confidencias familiares, pero sin ceder a la tentación de arrellenarnos en los frescos y holgados sillones de cuero, vetustos y cordiales como abuelos, tronos de paz, nidos de reflexión, cátedras de consejo, confesonarios del amor materno, siempre propicios al perdón, amigos fieles "en los días sin sol de la mala fortuna" y en las noches de vigilia, eternas en el dolor o ante la muerte.

Visitemos los dormitorios, amplios, claros y limpios, naves del templo conyugal, donde las blancas camitas de los niños, cada uno con su santo en la cabecera y su cruz de palma bendita, son como altares de inocencia. No todo, sin embargo, es alegría de aurora en el alma del niño. El presentimiento del mal suele poner en ellas terrores indecibles, tanto más espantosos cuanto más imprecisos. El, como ese tremendo mito de la infancia, corresponde a una realidad en el mundo de los espíritus: el coco existe; el coco es el mal, la personificación de esa fuerza enemiga que asecha siempre al hombre desde el fondo de lo desconocido y que el Evangelio llama "la potestad de las tinieblas". ¿Quién no ha sentido alguna vez cerca de sí, en la oscuridad, las pisadas del león invisible

que, según San Pedro, anda dando vueltas por el mundo buscando a quién tragarse? Ciertamente, la bestia maldita nada puede contra los inocentes, pero Dios le permite acercarse a las cunas y proyectar su horrible sombra sobre las blancas almohaditas: de ahí los terrores infantiles.

Es una noche de noviembre profundamente oscura. En el zaguán duerme un esclavo, como si no fuera garantía suficiente contra el peligro de ladrones el enorme aldabón de hierro que asegura por dentro el portón. Pero ¿cómo impedir el paso de los fantasmas?..... Los niños, transidos de miedo, se acurrucan en sus camitas escondiendo la cabeza bajo las sábanas, sin poder conciliar el sueño. La culpa es de la negra Catalina, que se ha puesto a contarles pavorosas consejas. El viento ruge entre los árboles, se precipita aullando por los solitarios corredores, y sacude las hojas de las puertas, cuyas aldabas golpetean como si alguien estuviese llamando al aposento con azarosa prisá. La imaginación de los pequeños se se exalta hasta el paroxismo del terror. Les parece que el aire huele a azufre y que oyen como el rastrear de una cadena. Todos los ecos de la noche, confusamente percibidos, corresponden en su alucinada fantasía a las horripilantes visiones evocadas por los cuentos de Catalina: el Judío Errante, cuyo paso anuncian los perros con desgarradores aullidos; el alma en pena del Tirano Aguirre en forma de una llama sangrienta y lívida que corre al ras de tierra; la silueta espectral de la Sayona, con su espantosa risa de calavera; la trágica coscoja de la Mula Maniá resonando siniestramente en la calle desierta, cerca de la ventana, sobre las lajas de la acera; y la Mano Peluda, arañando el portón en las tinieblas.

De repente, en medio de tantas pavuras, páрте el corazón negro de la noche, como un dardo de oro, la campanada límpida, vibrante, de la torre de San Jacinto. Son las doce y va a empezar en el Convento el canto de maitines. A la voz del sagrado bronce, pónense en fuga los espectros, toda la torre queda como bendita y olorosa a incienso; duérmense en paz los niños, y el Angel de la Guarda los invita a recorrer juntos los jardines del Cielo, donde, mientras sus hermanitas cortan flores para la Virgen, Simón, a quien encanta la honda de David, se agacha a recoger cinco luceros para apedrear con ellos la frente de Satán.

Continuemos nuestra visita. Veamos la biblioteca: se compone en su mayor parte de obras militares y religiosas, lo que nos revela, señores, en su raigambre heroica y mística, la formidable contextura del abolengo boliviano, digno, en verdad, de aquella raza única, que juntando en su recio puño la espada con la cruz, reja y esteva de su arado, aró el planeta con titánico empuje: hizo del sol su buey, pues que todos los círculos geográficos pasaron por tierras españolas; sembró su sangre en los inmensos surcos, cosechó glorias infinitas, y harta ya de ser dueña del mundo, le dió con Carlos V. el puntapié de su desprecio.

Ahí está el patiecito predilecto de la señora, lindo y alegre, miniatura de la casa, con su tiesto de flores, y su pedacito de cielo; allá arriba, en la mano de Dios, como un pañuelo azul, lleno, en la noche, de diamantes. Ese otro, todo un primor, carmen de Andalucía, es el jardín de los granados, donde las amigas de confianza suelen tomar el fresco mientras los niños corretean entre los rosales persiguiendo las mariposas.

Pero entremos al comedor. Llegamos a buen tiempo, amigos míos, pues ya el almuerzo está servido, y a fe que huele bien. Preside la madre, por ausencia de su marido, casi siempre en Aragua. A su derecha y a su izquierda, María Antonia y Juana María, más allá Juan Vicente, y en la cola Simoncito, el más tuno y travieso de la camada. Van y vienen, solícitos, los criados. Humea el sancocho suculento, multicolor y multisápido; siguen el fresco pargo recién traído de La Guaira, rosada pulpa de ternera, gordas hallacas navideñas, y, de postre, piñas más dulces que las de La Esmeralda el día de Casacoima, y sabrosas cuajadas y ricos alfandoques de San Mateo. Luego el cacao y la siesta.

Duerme la casa toda bajo el bravo sol veraniego. Unico vigilante, en la freseura umbría de su rincón, bordea el claro silencio diurno con su hilo de cristal el tinajero. Amo este mueble vivo, tan misericordioso, tan caraqueño, corazón del hogar: dulce abuelita rezandera, que desgrana día y noche, con cantarín arrullo, su rosario de lágrimas. ¡Cuántas veces en las zozobras del vivac, en la marcha bajo el bochorno, en el horno encendido de la pampa, sobre el volcán candente, cuántas veces el soldado libertador vió en los delirios de su fiebre el apacible manantial casero, con su verde penacho de culantrillo, la ti-

naja panzuda y sus hijas las graciosas pimpinas, conservando piadosamente, en la virtud de su armonioso barro, su límpido tesoro de frescura, como una alma purísima en el moreno cuerpo virginal de una hija de Guaicaipuro!

Por allí nos queda la cuadra. Se oye el piafar de los caballos impacientes. Son finos potros aragüeños, de las propias dehesas de los Bolívar. Blasón del anca el noble hierro. En su relincho, timbre de trompeta. De pura sangre heroica, sus nietos recorrerán el nuevo mundo en galope triunfal, pegados de la gloria, con banderas por alas. Uno, entre ellos, sobre todos: ése que partiendo del pie del Avila, atraviesa como un relámpago el corazón de Venezuela, esguaza el Orinoco, devora la cordillera andina, se traga la llanura de Casanare, tumba de una cox en el puente de Boyacá el virreinato de Santa Fe, salva de un salto el Marañón, brinca por sobre el Chimborazo, patear el oro del Cuzco, sube, hecho símbolo, a ser blasón de nuestro escudo, y hecho bronce, se encarna en el monumento donde, a la luz olímpica de la antorcha de la Libertad, que refleja el espejo del Hudson, mira a sus pies la gran patria de Washington y halla estrecho para su gloria el horizonte de los siglos.

Mayor solemnidad que la del bautismo reviste, siete años después, la fiesta de la confirmación, aunque no tan completa alegría, pues el padre de la familia ya está en la tumba. Recibe Simón el sacramento de manos del Ilustrísimo Señor Mariano Martí, apadrinándolo su tío D. Esteban Palacios, el más querido de sus deudos y a quien honrará siempre la predilección de su egregio sobrino. Esto es cuanto puedo decir de aquel tan celebrado acontecimiento. No tengo tiempo para más.

Juegan los niños. Detengámonos un momento ante ese cuadro encantador. María Antonia y Simón, morenos, de ojos negros, como los Palacios; Juanica y Juan Vicente, rubios, de ojos azules, como los de Bolívar. No es menor el contraste por el temperamento y la fisonomía espiritual. Juanica, dulce y mansa, gota de miel, perla de amor; tesoro de ternura en la paz del nido doméstico; Antonia, fuerte y valerosa, de agudo ingenio y ancho corazón: seguirá paso a paso el curso de la guerra y de la política, y cuando ladre la calumnia contra la gloria de su hermano, ella lo confortará con estas palabras magníficas que ha recogido la historia: "La malignidad y envidia ha llegado hasta el exceso de decir que te vas a coro-

nar al Perú, y aunque ellos no lo creen, así lo esparcen para sus fines particulares. Siempre les digo a todos que es una calumnia, que tú no lo has pensado ni deseado, que tú eres más grande sólo con el título de Simón Bolívar que de emperador.....Dejarás burlados a todos los que creen ambicionas cetros y coronas; así lo creo y espero de tu ilustración y grandeza de alma, pues no sólo en la América del Norte se han de dar hombres grandes como Wáshington". ¿Dónde encontró, señores, esta sublime caraqueña la pluma de Plutarco?.....Mientras las dos chicuelas visten y engalanan sus muñecas, Simón combina y distribuye, estratégicamente, en batalla campal, sobre el pretil, su minúsculo ejército de soldados de plomo, regalo del tío Esteban; y Juan Vicente, inclinado sobre la alberca, se divierte en hacer bogar frágiles barquichuelos que bien pronto naufragan, con toda su menuda tripulación de hormigas. ¡También él naufragará un día, mártir de la patria, en el Caribe azul como sus ojos y profundo como el misterio de su destino!

Pero no siempre son tan silenciosos sus juegos: que los varones se desviven por jinetear con marcial arresto en los bastines, gustan las hembras de saltar la cuerda y azotar la peonza como a un chiquillo rabioso, y cuando todos juntos juegan al "escondite", la "candelita", la "gallina ciega" o el "gárgaro", con tenebrantes gritos y estrepitosas risas y carreras convierten esos patios y corredores en verdadero campo de Agramate. A veces, como el viento les sea propicio, Simón y Juan Vicente, previo el permiso y la bendición de la madre, se llegan a la plaza de San Jacinto, en donde suelen reunirse, bajo la vigilancia de la casa paterna, con todos sus compinches del vecindario. Todos van provistos de vistosas cometas, y es una gloria ver la alegre tropa cuando en combate aéreo, armados de afiladas puntillas, disputándose el dominio del cielo, los policromos papagayos mienten enjambrados de banderas.

Simón va a cumplir nueve años: ya no es hombre que teme a la "Sayona" ni al "Tirano", y aun sería capaz de echar la pierna a la misma "Mula Maniá". Las lecciones de D. Simón Rodríguez, el Padre Negrete y los Sres. Carrasco, Vides y Pelgrón disciplinan su inteligencia, cuya educación perfeccionarán después Andrés Bello y el Padre Andújar. Pero los libros no satisfacen a aquel discípulo insaciable que acosa con preguntas a sus

maestros. Le gusta, sobre todo, oírles hablar acerca de las cosas de América. El aguilucho, inquieto, aletea al borde del nido. Es el visionario de Casacoima, el profeta del Chimborazo, el soñador de siempre. Una noche, sordo rumor de muchedumbre en lenta marcha, trémula luz de hachas al viento y el són de una música tristísima, llenan toda esa calle. Es que sube la procesión del Nazareno. Simón sale a la puerta, y allí, de pies en el umbral, sombrero en mano, en medio del gentío, mira pasar el lastimoso ícono. Jesús viene penosamente, agobiado por la cruz, el rostro casi negro, agonizante, cubierto de sangre, de sudor y de polvo, bajo la corona de espinas. Viene desde San Pablo, de más lejos aún, del extremo del mundo, del fondo de los tiempos, recogiendo el dolor de todos los pueblos oprimidos y agregándolo a su infinita pesadumbre de justicia y de amor. Según costumbre, va escoltada la santa imagen por una compañía de la guarnición de Caracas. Los soldados, casi todos son españoles. Y el soñador se queda profundamente pensativo..... Acaso en su visión interna compara las espinas de Judea en la frente del Nazareno con las bayonetas de España en las playas de América.

El 6 de julio de 1792 muere la madre. El viejo Palacios se apresura a participarlo a su hijo Esteban, hermano el más querido de la difunta. “Esta mañana a las 11 y media—la escribe—fué servido Dios llevársela”. Ahí está, en esa sala, tendida en su ataúd. Toda la casa viste ostentoso luto. Por dondequiera negros cortinajes, alfombras sombrías, fúnebres candelabros, tétrica pompa de la muerte. ¿Qué se han hecho las flores del Avila? Ni siquiera una rosa blanca para esa muerta. Sólo negros crespones, y cirios, cirios, muchos cirios, y rezos, muchos rezos, en medio al llanto de los huérfanos y al lento y bronco són del esquilón de San Jacinto. Acerquémonos a la urna todavía abierta..... alcemos una punta del pañuelo que cubre el rostro..... ¡Qué pálida! ¡Qué gloriosa!..... Tenía treinta y cuatro años.

Con su muerte se acaba este hogar; a poco se casan María Antonia y Juana María; muere el abuelo, y los niños son enviados a Europa.

Aquí termina, señores, el asunto de mi discurso; la historia íntima de esta casa mientras fué hogar de los Bolívar: en adelante la vida de Simón es ya asunto de epopeya.

Dos palabras de epílogo. La última vez que Simón Bolívar estuvo en esta casa fué una tarde del año 27 a su regreso del Perú. Venía lleno de gloria y de tristeza, coronada de lauros la frente y de espinas el corazón. Las cartas que en esos mismos días escribe a Sucre, Urdaneta, Salom, Wilson, y otros amigos fieles, destilan la amargura de su alma, triste hasta la muerte. Eran entonces dueños de la casa, y en ella habitaban, D. Juan de la Madrid y su esposa, Dña. Teresa Jerez de Aristeguieta y Bolívar, prima del Libertador, quienes obsequiaron a su egregio pariente con un banquete de carácter íntimo, en el cual se reunieron todos los miembros de la familia y unos pocos amigos de confianza. Bolívar se presentó sencillamente, en traje civil, de negro y sin séquito alguno. Cuenta la tradición cómo el Sr. de la Madrid y su esposa dispusieron la fiesta con tan buen cariño y tan delicada gentileza, que el puesto ocupado en la mesa por el Libertador quedaba precisamente en el mismo punto donde él había nacido. Bolívar, al instante, se da cuenta de la fina intención de sus parientes; y aquel hombre acostumbrado a las emociones supremas; aquel hombre que llenaba el mundo con sus glorias, se enternece hasta derramar lágrimas. Empuña su copa, se pone de pie y habla. Es el discurso de su última cena, cuando ya se cernían sobre su frente las sombras del calvario.

“Hermanos y amigos—dice—¡con cuánto gozo me encuentro, como resucitado, en medio de vosotros! ¡Cuántos recuerdos se aglomeran en este instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre, sale de la tumba y me ofrece sus brazos abiertos. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mi más tierna niñez, mis juegos infantiles, la confirmación y mi padrino con los regalos que me daba cuando era inocente, todo viene en tropel a excitar mis primeras emociones, la efusión de una sensibilidad deliciosa. Todo lo que tengo de humano se remueve en mí; llamo lo que está más cerca en la Naturaleza, lo que está más cerca en las primitivas impresiones. Me habéis dado la más pura satisfacción con esta fiesta del hogar, en el seno de la familia y de la patria. Gozad, pues, como yo, de este placer verdadero. ¡Ojalá pudiera vivir entre vosotros el resto de los días que la Providencia me ha señalado, para que una mano fraternal cierre mis párpados y lleve mis reliquias a reunir las con las de mis padres y hermanos que repo-

san en este suelo que nos vió nacer! Acaso algunos de vosotros habéis sentido el sueño de Epiménides: habéis vuelto de entre los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable de la cruel guerra de los hombres feroces: os encontráis en Caracas como duendes que vienen de la otra vida y observáis que nada es de lo que fué. Dejasteis una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria; dejasteis una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y lo encontráis todo en escombros, todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios, y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la Naturaleza. ¿Dónde están nuestros padres, dónde nuestros hermanos, dónde nuestros parientes? Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas, y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre, por el sólo delito de haber amado la justicia! Los campos regados por el sudor de trescientos años han sido agotados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas?..... Caracas ya no existe: pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, ha quedado resplandeciente de libertad, y está cubierta de la gloria del martirio. ¡Este consuelo repara todas las pérdidas! A los menos éste es el mío y yo deseo que sea el vuestro. Habéis sufrido mucho, pero os queda la gloria de haber sufrido mucho por haber sido siempre fieles a vuestro deber. Nuestra familia se ha mostrado digna de pertenecer, y su sangre se ha vengado por uno de sus miembros. Yo he tenido esa fortuna. Ya he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres: yo los representaré a presencia de la posteridad”.

El orador evoca de nuevo el recuerdo de su adorada madre, pero le ahoga la emoción, y el improvisado discurso termina en explosión de llanto. Ah! el Presidente de la Gran Colombia, el Libertador de América, sólo era un triste huérfano, sollozando sobre las ruinas del hogar deshecho!

Ya era de noche cuando arrancándose a los brazos de sus parientes, y lanzando la última mirada de adiós a estos sitios donde corrió su infancia, solo como había

venido, Bolívar salió por aquella puerta para no volver más!

.....Lo esperaba la traición, el puñal de septiembre, la anarquía, el destierro, la tumba!

Esa noche, en el corto trayecto que hay de San Jacinto a Las Gradillas, vieron los transeúntes un hombre de rostro pálido y ojos ardientes, vestido de negro, que iba de prisa, hablando a solas, y como sonámbulo. Los que lograron reconocerle a favor de algún claro de luna, cortado por la sombra de los amplios aleros, deteníanse al punto, sorprendidos, y ya sin tiempo para el saludo se decían en voz bajo, con profundo respeto: es el Libertador.

ORACION

del Pbro. Dr. Juan Manuel González el día de los funerales del Sr. Prefecto Apostólico de Urabá.

“Defunctus adhuc loquitur”.

Hebreos XI vs. 4.

Desde su tumba nos habla todavía.

Permitidme que declare sin afectada modestia y dejando que la sinceridad hable por mis labios, que mis menguadas capacidades y la cortedad de mis recursos e ingenio, eran inaparentes y hasta contraindicadas cualidades, para que subiera a este sitio a tejer el elogio del varón eximio cuya muerte ha enlutado a Antioquia.

El único arrimo que sostiene segura mi debilidad en este desproporcionado empeño, en que flaquea el entendimiento, es el corazón: pues si por amor va, yo se lo tenía ferviente y no desmentido; que si por admiración va, la mía es sincerísima y espontánea; si por convicción va, la tengo honda y cosida con las últimas telas del alma; si por respeto y adhesión, por veneración y afecto, soy ósado al afirmar que no cedo ventajas a nadie, y que presumo pasar todas las rayas en homenaje y loor de quien fué nobilísimo hijo de España, cumplidísimo varón de prendas excelentes, dechado de almas religiosas, ornamento y lustre de la ínclita Orden Carmelita y que fué asimismo por el afecto, hijo ilustre de Colombia, amigo íntimo de Antioquia y celoso luchador,